

FRANCISCO DE BORJA Y ARAGÓN (1510?–1572?)

SONETOS

1 – 142

1

Lloro de Amor la dulce tiranía,
y al son del hierro mis tristezas canto;
quien escuchó mi bien, sienta mi llanto;
lástima pide, quien pidió alegría.

Pasos del tiempo son que en mi porfía
pusieron, cuando más burlé su encanto;
freno al valor, espuelas al espanto;
ojos al miedo, y miedo a la osadía.

Ningún peligro mi temor previene,
negándome tan cerca del postrero
el remedio común, que a todos viene.

Y en manos de un tirano lisonjero,
esperando este bien, que Amor detiene,
que solo vivo, y engañado espero...

2

Estas de Amor dulcísimas querellas,
si a cantar me ayudase el instrumento,
prendiera entre los árboles el viento,
y apresurara el curso las estrellas.

Mas quien pensara, Filis, que por ellas,
no te inclinaras al dolor, que siento;
pues turba en el celeste movimiento
los claros rostros de las luces bellas.

¡Qué poco, Filis, mi dolor te debe!
Mas cuando te debieron mis dolores,
¿qué digo amor? ni entendimiento leve,

mis penas son en su rigor mayores.
Y pues ni amar, ni padecer te mueve,
a mí me deberé penas y amores.

3

Aquel tan venerable atrevimiento
con que domó vagando el corvo pino
la cerviz de las olas, peregrino
a la injuria del Sol, fuerza del viento,

Cuando del monte el natural asiento
dejó, fiado a la amistad del Lino,
y cómplice en la industria abrió camino
al más osado, y codicioso intento.

Por nuevos campos, extranjero errante,
llevando por ejemplo la osadía,
desprecia el miedo, que miró delante.

¡O ambicioso poder! qué valentía
puede haber de peligros, que te espante,
pues se rindió el mayor a tu porfía.

4

Dichosa soledad, mudo silencio,
secretos, pasos de dormidas fuentes,
que por el verde prado sus corrientes,
jamás, si van, o vienen diferencio.

Vuestra quietud estimo, y reverencio
con ojos, y deseos diferentes;
pues ya, ni el ciego aplauso de las gentes
con ambiciosa pluma diligencio.

Desde la luz, que vide la mañana,
los pasos cuento al trabajado día,
hasta que pisa el sol la espuma cana.

De cuanto fue mi engaño, y compañía;
de cuanto amé, con ignorancia vana,
en vuestra soledad perdí la mía.

5

Las amenazas, Fabio, de la muerte,
avisos fueron siempre de la vida;
que siendo un mal tan grave andas perdida,
es el remedio, que le aplican, fuerte.

Esta piadosa turbación, le advierte,
que cuando perezosa, y divertida,
no recele el rigor de la partida,
respete la mudanza de la suerte.

Entre este mal, que todo lo despoja,
la eterna Providencia no descansa,
hasta avisar con la postrer congoja.

Oye tu voz ahora dulce, y mansa;
que como a veces de sufrir se enoja,
también, a veces de avisar, se cansa.

6

Con fugitivo paso este arroyuelo,
asaltando las hierbas, y las flores,
se viste alguna vez de sus colores,
y otras le influye su color el cielo.

Dejó en el monte la prisión del hielo,
y dieron por el prado sus errores,
alivio a los sedientos labradores,
risa a las guijas, y hermosura al suelo.

¡O cuánto me lastiman sus cristales!
que ahora van corriendo a su albedrío,
haciendo bienes, y alegrando males.

Después, en manos de un soberbio río,
le seguirán con pasos desiguales,
loco en invierno, y cuerdo en el estío.

7

Al fuego ardiente, y en humilde lecho,
de rústica familia rodeado,

pasa el invierno, el labrador cansado,
sin más defensa, que su helado techo.

Con la esperanza sola satisfecho,
al surco deja el grano encomendado,
en quien del año, el natural cuidado,
al propio atiende, y al común provecho.

El viento brama, y con furor maltrata
las cumbres, y los valles más sombríos
que halló vestidos de cristal, y plata.

Siente después templar los meses fríos
y ve, cuando la nieve se delata,
bajar los montes, y subir los ríos.

8

En qué consiste el ser de la hermosura,
me pides, Fabio amigo, que te escriba;
es una perfección, la más activa,
que tiene aquesta humana arquitectura.

Es una proporción, y compostura,
que en breves años su firmeza estriba,
y a su dorada flor, libre, y altiva,
le sobra el tiempo, y falta la ventura.

Ni en ojos, boca, frente, ni cabellos
consiste la verdad de la belleza,
sino en el todo, que resulta de ellos.

Y en él, sin más dibujos, ni destreza,
que unir las partes, y colores bellos,
acierta, sin pensar, naturaleza.

9

El céfiro piadoso que dormía
al rigor de los meses insolente,
respira ya, primero que la frente
al prado humille el abrasado día.

Los aires dora la mañana fría,
y en el papel del campo floreciente

lazos dibuja la risueña fuente,
que en techos de cristal presa vivía.

Las sombras crecen, que en la selva umbrosa
la vecindad del Sol hacen mayores,
cuando la viste de su luz hermosa.

Y pues del tiempo olvida los rigores,
presto verá, soberbia; y ambiciosa,
nacer las nieves, y morir las flores.

10

En breve Ocaso yace sepultada
del Sol de España la infeliz Aurora;
no dije bien, pues de estación mejora,
y sobre el Sol termina su jornada.

Ver la virtud en su niñez premiada,
cuando ningún suceso la desdora,
ni el bien la engaña, ni el temor la llora,
ni el peso siente de la edad cansada.

¡Qué más verdad, Monarca soberano,
pudo mover tu espíritu divino,
a ser ejemplo del valor Cristiano!

Que mude patria Carlos, te convino.
Y hoy en la propia te dará la mano,
que dar no pudo en esta peregrino.

11

Ya del Cuarto Felipe el heredero,
que en pocas horas fue ceniza leve,
dudoso deja, en término tan breve,
si fue el nacer, o el acabar primero.

Cuando menos se aguarda el golpe fiero,
con él se cobra, lo que el hombre debe;
y como Dios, por su piedad se mueve,
nunca a la dicha precedió el agüero.

La mayor suele ser la vida corta,
porque en ella la eterna Providencia,

el dulce paso de su engaño acorta.

Y Dios, en esta oculta diferencia,
despacio cobra, si esperar importa
y cuando nos conviene, con violencia.

12

Con voz del aire, trágico instrumento,
o aviso celestial de nuestra vida!
De algún estado advierte la caída:
que avisa Dios al viento con el viento.

Con este nuevo oculto movimiento
enseña a la ambición inadvertida,
que por más reparada, o prevenida,
naciendo envidia, morirá escarmiento.

No te amenaza a ti, pues nada tienes,
mas antes pronostica algún reposo,
si son las suertes con el tiempo iguales;

Que si los males siguen a los bienes,
y ha de perder los tuyos el dichoso,
Espere bienes, quien padece males.

13

Venís de Italia, Pánfilo, engañado,
si la corte buscáis que conocistes;
ya las de su placer son horas tristes,
ya es el comer, y no el amar cuidado.

Apenas las guedejas de un criado
sustenta el que cercado de ellos vistes:
todos son chismes los que fueron chistes,
mentir con arte, su razón de estado.

En muchos vive la ambición premiada,
sin logro, y medra el cuerdo, que previene,
más que el engaño, el fin de la jornada.

La falsa estimación de otros, mantiene
el parecer gigantes de portada,
que tienen la pared, y ella los tiene.

14

Alegre el año, a respirar se atreve,
que viste, Filis, en sus principios muerto;
ya miras aquel monte descubierto,
desnudo de la escarcha, y de la nieve.

Sediento el prado los cristales bebe
del argentado arroyo, que despierto,
huyó medroso del vecino puerto,
por cuyas plantas se apresura, y mueve.

La cadena rompió la Primavera,
y el Sol vistiendo el aire de alegría,
en la estación del Toro reverbera.

Ya con la nueva vecindad del día,
florece el monte, el prado, y al ribera,
mas no florece la esperanza mía.

15

Ya del Octubre la inquietud primera,
anuncia del invierno la venida,
y su lluvia pacífica, y dormida,
finge segunda, y breve primavera.

Entre bastardas flores su carrera
vuelve a romper el agua detenida,
no espejo ya del Sol, sino avenida,
en quien apenas luce, y reverbera.

Lleva tras sí las prendas del Verano,
para que el labrador cansado siembre,
con esperanza verde, el seco grano.

Contento estalla el campo con Septiembre,
y allá verá pues se quejó temprano,
lo que sufrir le espera por Diciembre.

16

Siete veces mudó jornada, y casa

el Sol vistiendo, y desnudando el prado,
y errante por el círculo dorado,
en Mayo alumbra, y en Agosto abrasa.

Después que el Galo su inclemencia pasa,
dejando el campo a Lérida cerrado,
y de movibles muros rodeado,
al Segre dio respiración escasa.

Cuando tus Augustísimas Banderas
sobre tus altas frentes tremolaron,
que Lises coronaban extranjeras.

Pudiendo en la defensa que intentaron,
al golpe invicto de tus armas fieras,
sólo durar, lo que en morir tardaron.

17

Blasón de ilustre, Antioco enemigo,
de el Orbe, te adquirió tu infame ruego,
siendo adoptivo sucesor del Griego,
que honró su imperio, y le partió contigo.

Si fuiste de sus armas fiel testigo,
si después del agrado, y del sosiego
con que hollando el rigor de Marte ciego,
amó la paz, y despreció el castigo.

¿Por qué con fieras armas homicidas,
pretendes loco, sustentar en vano
las almas con estrago de las vidas?

Detén, o Griego, la sangrienta mano,
porque es entrar reinando, con heridas,
ni acertar a ser rey, ni a ser tirano.

18

Ya comienza en abril la Primavera
a dar principio en la quietud del año,
ya de las nieves el dominio extraño
sacude el monte, y baña la ribera.

Ya el agua por los campos extranjera,

hace a las flores tan violento daño,
que fue su nacimiento breve engaño,
que ni a esperar las sombras persevera.

Recógense las aguas, y los prados
se vuelven a vestir hierbas, y flores,
quedando con la ofensa mejorados.

Quien teme pues, injurias, y rigores
se vuelven los que agravian enfrentados,
y quedan los que sufren vencedores.

19

Lucinda, ves el árbol, que vestido
de verdes hojas, de pintadas flores,
el manto le robó de sus colores,
del cierzo helado, el rústico bramido.

Ves el arroyo de cristal dormido,
burlar el Sol en Julio los ardores,
y su risueño pasto, en los rigores
de Enero, verse preso, y detenido.

Ves seguir a la Aurora el blanco día,
y al tiempo que del mar pisa el lidero
quitarle el mando la tiniebla fría.

Así a tu engaño, hermoso, y lisonjero,
fue cuando más alegre florecía,
cierzo la injusta edad, noche, y Enero.

20

Cualquier pleito, Sempronio dificulta
y Ticio lo deshace, y facilita,
uno sus textos a favor recita,
y otro con otros su verdad oculta.

Sempronio alega el daño, que resulta,
y osado Ticio, a despreciarle incita;
y cansa, cuando a entrambos solicita,
gran confusión al triste que consulta.

Y para quien su fines mal comprende

es poco más que una cuestión de nombres
la gran dificultad, que no se entiende,

tú Fabio, de este encuentro no te asombres,
porque Sempronio a su derecho atiende,
y Ticio mira que lo juzgan hombres.

21

Yo, ni mandar ni ser mandado quiero,
ni a ser humilde ni soberbio aspiro;
y cuando llegue el último suspiro
más quiero ser poltrón que lisonjero.

Yo soy de mis afectos consejero,
y de nada me quejo ni me admiro;
y aunque es tan breve puerto mi retiro,
más que en las ondas la bonanza espero.

Y en quien el viento corre más en popa,
y en el que su ambición le va estrechando
en mar y tierra el término de Europa.

Un gigantón veréis en lustre y mando;
llegad más cerca y levantad la ropa,
veréis debajo un ganapán sudando.

22

Detente, aguarda, presumida Rosa,
y en la piedad de Mayo no confíes;
porque esas hojas, donde ahora ríes,
en él serán tu perdición hermosa.

Ni es bien, que tu belleza generosa,
burlada, y libre a su lisonja fíes;
y a fuerza de ambición romper porfíes
el defendido seno en que reposa.

No te valdrá después tu armado muro,
porque domina igual el tiempo cano,
al claro estío, y al invierno oscuro.

Y el verdor más lucido, y más ufano,
cuando pensó que estaba más seguro,

huyó al invierno, y le abrasó el verano.

23

Entre envidias del campo generosa,
y de sus verdes armas defendida,
descose al aire su apacible vida,
por breves horas la apacible Rosa.

Risueña sale su ambición hermosa
del breve manto la prisión rompida.
A su peligro cierto inadvertida,
y a tantas inclemencias animosa.

Naciendo compañera a la mañana
del día sigue el paso diligente
de entrambos, siendo tan conforme el pago.

No adores, Fabio, una hermosura vana,
que por la puerta alegre de su Oriente
salió a buscar su miserable estrago.

24

Temprano entraron, porque el Rey no aguarde,
con cien lacayos de oropel, y estraza,
ciertos señores a ensuciar la plaza,
y hacer de un buen rodar vistoso alarde.

Otro torero entró, pero más tarde,
que lanza empuña, y que rocín embraza;
y viendo, que la suya le embaraza,
al toro le pidió, que se la guarde.

Y aunque armada de Illana, y Valdemoro,
desbarató la guarda la primera,
sudando vino, y miedo cada poro.

A un Tudesco llenó la braga entera,
y la Guarda quedó, mirando al toro,
amarilla por dentro, y por defuera.

25

Lusitania infeliz, confusa, y triste,
de tus gloriosos reyes siempre amante;
borraste aquel blasón de amor constante,
la vez primera, que traidora fuiste.

El natural dominio sacudiste,
y como ciego idólatra ignorante,
teniendo a Dios, adoras el semblante
de quien jamás por dueño conociste.

¿Qué es esto Lusitania desdichada?
¿Quieres probar (pudiendo la clemencia)
del Gran Felipe la sangrienta espada?

No harás a sus enojos resistencia,
que no hay fiera venganza tan airada,
como el justo rigor de la paciencia.

26

Besáis los pies a los soberbios pinos
de la sierra de Cuenca, ilustre Tajo,
y despeñado por su falda abajo,
os dan pasto los valles más vecinos.

Los huertos, y jardines peregrinos,
de Felipe cercáis, y el gran trabajo
lográis de suerte, que por breve atajo
los guardan vuestros muros cristalinos.

Bañáis después la antigua maravilla,
donde puso con armas vencedoras
el Godo imperio su primera silla.

No paséis adelante aguas sonoras;
pues siendo las más nobles de Castilla,
vais a morir a Portugal traidoras.

27

Si tanta emulación, Fabio, te obliga
a vivir cuidadoso, y recatado,
tu vida es tu defensa, y tu cuidado
sólo el temor de culpa le fatiga.

Que importa, pues, que la ignorancia diga
del ciego vulgo, de malicia armado;
pues ni su aplauso ilustrará su estado,
ni hará la ofensa, que su engaño siga.

Y como al cuerpo diligentes siguen
siempre mayores sombras, o menores,
sin que a mudar su ser al cuerpo obliguen.

Así ni aplauso vil de aduladores,
ni plebeyas calumnias, que fatiguen,
hacen menores hombres ni mayores.

28

No temas Lice tanto las arrugas,
ni muestres tan lloroso desconsuelo,
que sin mudar su paso en nada el cielo,
trasmocharás lo mismo que madrugas;

aun no con moldes la mentira enjugas;
que en vano jura el fermentido pelo,
ni en ti Diciembre desató su hielo,
ni tus lunares pasan por verrugas.

Llegó a la tarde la temprana rosa
al botón inclinada la cabeza,
aun no marchita, pero no lustrosa.

En este ejemplo tu verdad tropieza,
que mucho más en la mujer hermosa,
se teme la vejez cuando se empieza.

29

Si no es Reverendísima no quiero
admitir otro trato, y cortesía,
y ver esta loable fantasía
honrada presto con la mitra espero.

Tengo, aunque fraile soy, gentil dinero,
en Artes Maestro soy, y en Teología,
y tengo mozo, celda, y mula mía,
y cuando en ella voy soy caballero.

Predico mal, y llevo a mis sermones
a muchos, que pretenden obligarme
a tributar bizcochos, y jamones,

y cuando en más no pueda colocarme,
dignidad titular con bendiciones
pienso aceptar, por sólo destratarme.

30

Estaba el Sol en la mitad del cielo,
y el día en la mitad de su jornada,
y Filida a la sombra recostada
de un álamo, que baña un arroyuelo.

Miró el cristal, que fue en Diciembre hielo,
ya plata errante libre, y desatada;
que no despierta su quietud cansada
las mudas aves, ni el florido suelo.

Si ya rompiste, dijo, las prisiones,
alegre arroyo, en el que invierno triste
el lustre encarceló de tus vellones,

muy bien podré esperar, pues le venciste,
(aunque en prisión de amor, y sin razones)
que rompa yo, lo que romper pudiste.

31

Es la vida del hombre alegre carga,
que dulcemente lleva nuestro engaño,
y es más estrecho, y más amigo el daño,
cuando es la vida más prolija, y larga.

Es la separación triste, y amarga,
y dulce el lazo, que duplica el año,
y cuantos más, ofende el desengaño,
si el fin le acorta, que el amor le alarga.

Cuanto más tiempo la raíz encierra
el árbol en el suelo, se despide,
con mayor resistencia de la tierra.

Con esta misma el alma se divide,
y del antiguo nudo se destierra
del cuerpo anciano, que salir le impide.

32

¿Por qué, Señor, prosperas el camino
de tus rebeldes hijos, y ofensores?
¿Por qué a sus brazos siempre vencedores,
tu diestra sin castigo no previno?

Este modo de obrar tan peregrino,
ha sido entre tus claros resplandores,
lo que el discurso humano en los errores
opuso siempre al crédito divino.

¿Por qué en desigualdad tan justa, esconde
tu mano, que dispensa nuestro bienes,
el peso fiel en tan contrarias partes?

Mas ya tu providencia me responde;
que bien se ve la estima en que los tienes,
si en tan injustos dueños los repartes.

33

Donde quiera que voy llevo conmigo
este desvío, que jamás me deja;
y contra lo que el tiempo me aconseja,
llevo en el alma cómplice, y testigo.

Mas no puedo llamarle mi enemigo;
porque este bien, que con razón me aleja,
es procurado, del deseo queja,
y es conseguido, queja del castigo.

No hay suerte, ni contraria, ni oportuna,
por que el brazo de Dios, constante y fuerte,
no le dejó el suceso ver ninguna.

Con esto se camina hasta la muerte,
y entre esta presunción de hado, y fortuna,
sólo en morir hay buena o mala suerte.

34

Montes de nieve son, los que de flores
pació el toro, de Abril en las montañas,
y el cierzo airado impide en sus cabañas,
la entrada, y la salida a los pastores.

Mirábanse los días tan menores,
que en breves horas, al trabajo extrañas,
la luz apenas vieron las campañas,
y el monte poco o más que resplandores.

Todo se altera, todo se embravece,
y envueltos con la nieve, y con el viento,
el soto gime, y Manzanares crece.

Su imperio desconoce el firmamento,
y orbe de plata a veces le parece,
y otras que se trastorna de su asiento.

35

Dichosa tú, que de las rubias mieses
miras alegre el anual tributo,
y mides sus cuidados con el fruto,
sujeto a la inclemencia de los meses.

No te permite tu quietud, que peses
el justo miedo del tirano astuto;
ni el mar es puerto con semblante enjuto
la parda arena agradecido beses.

¡Que sin lisonja te obedece el prado!
¡Que sin mentir sus líquidos cristales,
tu sed animan, y tus flores riegan!

Venero el beneficio d tu arado,
que no se da por manos desleales,
que al propio dueño su trabajo niegan.

36

Confieso, que naciste Julia hermosa,
y gozas de tu edad la primavera,

y su ambición florida, y lisonjera
envidian el clavel, jazmín, y rosa.

Que es perdida (no advierten) más costosa
del lustre propio, que jamás la espera;
pues la flor miento al prado, a la ribera,
y es la beldad del dueño mentirosa.

Corriendo empiezan con igual porfía
del rostro hermoso, y de la flor temprana
entre términos breves la alegría.

¡Qué mal conocen la hermosura humana!
No habiendo flor, que no se oponga al día,
ni beldad, que resista la mañana.

37

Hoy me dice la edad, que son mis años
muchos, y breves los que cumplo ahora;
triste del hombre, que los años llora,
si con ellos no llora sus engaños.

Sujeto ya al imperio de los daños
se mira ocaso el campo de la Aurora,
y aquella luz, que en los primeros dora,
ya muestra sin color los desengaños.

No quiero que volváis años perdidos,
si para los peligros de la cuenta,
los mismos sois, que malogré floridos.

Ni ciego quiero repetir mi afrenta,
cuando pide el error de los sentidos,
que el mal de tantos en los pocos sienta.

38

Mal con industria, Lico, se resiste
el padrón, que ponerse el tiempo quiere
pues quedas viva, y la belleza muere:
tú vive alegre, y tu belleza triste.

Si ya de rosas adornado viste
el Abril de tu rostro, que prefiere
al que de alegre claro nombre adquiere,

si el año de tu enojo se desiste.

No serán los placeres tan amargos,
si el tiempo que no apliques, se dispensa
para cada alfiler los ojos de Argos.

No hay valor a su fuerza, ni defensa,
porque los años son breves, o largos,
del hombre edad, de la mujer ofensa.

39

Rey es aquel, que al Rey jamás ha visto,
y en breve esfera del humilde techo,
de su fortuna vive satisfecho,
ni ofendido, ni amado, ni malquisto.

No envidia a quien la victima Calisto,
por mar dudoso, con osado pecho
pisó, llamando su ambición provecho,
vida al peligro sin temor previsto.

Lisonja naturales de las aves
escucha sólo al despertar el día
con apacibles voces, y suaves.

No sabe que es engaño, y tiranía,
ni en la vagante selva de las naves
sepulcro busca entre la espuma fría.

40

Del orbe los segundos pobladores,
familia del antiguo Patriarca,
dejarán libre la prisión del arca,
sagrado de sus riesgos, y temores.

Ya de la inculta tierra moradores,
en cuanto el Sol con su fatiga abarca,
alegres miran su animosa barca
surta del monte en las hermosas flores.

Y advierten mudos la pasada risa
de aquellos que juzgaron por locura
la nueva industria, que libró a tan pocos.

Si vivo ejemplo, Fabio, nos avisa,
que al hombre la estrechez le asegura,
que hay pocos cuerdos, entre muchos locos.

41

Ni el tiempo de Mauricio, ni el de Draque,
llamó Castilla al pelear disputa,
ni se impuso en Madrid, que era recluta,
ni marcha, ni retén, brecha, ni ataque.

Si Dios fuere servido, que se aplaque,
veráse presto de la sangre enjuta
del Segre la campaña, a quien tributa
Francia los meses, como en otro achaque.

No habrá quien diga más, calientes choques,
y dejando al Francés las carabinas,
volverán las ballestas de bodoques.

Y tundiendo guedejas peregrinas,
todo será mezclar blancos, y aloques,
comer capones, y excusar gallinas.

42

¿Procuras tú quietud? nada pretendes;
mas eres que discreto, Fabio amigo,
pues no llamas favor lo que es castigo,
que bien de la ambición la lengua entiendes.

A todos juzgas, y a ninguno ofendes,
sirviendo en tantos yerros de testigo,
y en el común dolor, de tu enemigo,
ni el brazo adoras, ni el rigor enciendes.

Tu mismo en tu silencio voluntario
retiras, y aseguras la esperanza;
que es vanidad a veces el desprecio.

Que aplaudir lo que estiman de ordinario,
es pana, y no blasón, que sólo alcanza
hacer injuria del mayor aprecio.

43

A Prisa pide Lalage marido,
y debe de saber porque le pide.
Su padre, ni lo quiere, ni lo impide,
ni está el dragón, que la veló dormido.

De espadas, y broqueles el ruido
pudiera oír, con que Trasón despide
todo galán, que sus esquinas mide,
siendo su plata el arco de Cupido.

Ella presume que de amores mata
el mísero Trasón, que muerto yace,
no de sus ojos, de su hermosa plata.

Si en ella su codicia satisface,
presto verá, si de saberlo trata,
por cual belleza los extremos hace.

44

Lauso, si tanto os aborrece Anarda,
¿para qué contrastáis sus desengaños?
perdéis el tiempo, y malográis los años,
teniendo en pocos, lo que muchos tarda.

¿No me diréis, de su rigor, que aguarda
un loco amor, que se fundó en engaños?
Mas la elección de amar los propios daños,
ninguno la detiene, ni acobarda.

Quien del peligro, Lauso, se destierra,
quien huye la ocasión de aborrecido,
amó la paz, y despreció la guerra.

Si de amores aquí vivís perdido,
volver enfermo al aire de la tierra,
y en ella cobraréis seso, y olvido.

45

¿Quién dice que no hay Dios, ni Providencia,
Fabio, no es hombre, ni animado bulto;

que bárbara región negó su culto,
y a fingidas deidades reverencia?

¿Quién del año formó la diferencia?
¿Quién dio del Sol el general indulto?
¿Quién de Hebrero dispone el loco insulto,
y del florido Mayo la clemencia?

¿Quién puso al mar en las arenas tasa,
cuando furioso con soberbio empeño,
a ser vecino de los montes pasa?

¿Y quién jamás, en mundo más pequeño
vio con familia, y orden una casa
tan bien servida, y le negó su dueño?

46

Esrede minhas compañía,
pintado, e verde campo, este penedo,
a cuya sombra o tajo mauso, e ledó,
mais vagaroso vay, do que corría.

Aquí donde nacendo o claro día
pretende sempre manhecer mais cedo,
e del pindo da noite o triste medo,
se viste nova luz, nova alegría.

Aquí cantar ovui muiros pastores,
que ya naom faom: e aqueste verde prado
ya vi cubrir de neves, ya de flores.

Se así vemos a tempo tan trocado,
ninguen confie en diras, nem amores,
nem tema longo mal en triste estado.

47

Dejó dos casas el mayor Planeta,
mirando amenazar, Filipino agosto,
al fiero Galo, robador injusto,
tu invicta fuerza, y al de Dios secreta.

Y aquel acero, que en prisión respeta,
por ley del cielo, y por dominio justo,

cuanto del Belga al Arabe robusto
los mares ciñen, y tu imperio aprieta.

De osada sangre los peñascos baña
el pueblo loco, que pisó atrevido
las no violadas márgenes de España.

Y queda siendo, a tu poder rendido,
teatro de tus glorias la campaña,
y para sus tragedias prevenido.

48

Pasa la senectud frágiles horas,
que en más gallarda edad fueron robustas.
Si fía de esperanzas, son injustas;
si vive de promesas, son traidoras.

Las diestras otro tiempo vencedoras,
con triunfos, y coronas más Augustas,
tiemblan del tiempo, que sus leyes justas
de noches no refrenan las Auroras.

Si esto es así, ¿qué engaño lisonjero
en ti despierta, Lice, los ardores
del siglo hermoso de tu edad primero?

Querer en larga edad gustos de amores,
es pedirle calor al sol de Enero,
a Julio nieves, y a Diciembre flores.

49

O Tú, que de este valle en la estrechez
descansas en tan verde sepultura,
que forma de sus planta la hermosura,
al campo sombras, y a tu horror tristeza.

O ya el común dolor, con más pereza
en ti buscó la edad grave, y madura,
o en los principios pasos, mal segura
perdió tu vida su mayor belleza.

No fue tu suerte desdichada, y triste;
pues al fin por sentirlos, o temerlos,
a los trabajos míseros huiste.

Si en larga edad, porque saliste de ellos,
si en breves años, más dichoso fuiste,
si el tiempo no llegó de padecerlos.

50

En el común descanso de los males,
y en los primeros pasos de la Aurora,
quejoso, Tirsi, sus agravios llora
de Filida cruel en los umbrales.

Los músicos del aire naturales,
a quien primero el Sol naciendo dora,
repiten tristes la canción sonora
con dulces voces, a su llanto iguales.

¡Que tanto puede, amor, una porfía!
Pues siendo de otro su engañoso dueño,
desprecia tan costosa tiranía!

Tema es a veces el mayor empeño,
pues llora el uno, cuando nace el día;
y el otro ríe, cuando muere el sueño.

51

Miraba Fabio en un reloj de arena
de la muerta Lucinda las cenizas,
las blancas manos, y las trenzas rizas,
olvido triste, y afrentosa pena.

Miró la suya en la desdicha ajena,
y dijo: ¿Qué beldad no atemorizas,
cenizas que inconstante solemnizas,
al ser, que a su inconstancia te condena?

¡O no excusado golpe de la muerte!
Pues corta siempre con la misma espada;
la dulce vida, y la amorosa suerte;

que fingiendo conformes su jornada;

cuando la vida en polvo se convierte,
queda el fuego de amor ceniza helada.

52

Años, del tiempo fugitiva parte,
que es lo mismo alcanzaros, que perderos,
pues huís de las dichas tan ligeros,
y no hay quien de los males os aparte.

¡Que mal vuestra jornada se reparte!
Pues los antiguos célebres guerreros
hoy vieran preferidos sus aceros
de industrias viles, con engaño, y arte.

Quien llama consejeros a los días,
y los aciertos libra en su tardanza,
no advierte sus caducas tiranías.

Y vive dependiente la esperanza
del logro de tan breves alegrías:
que las da, y las conserva la mudanza.

53

Montes del Tajo, que en sus aguas puras
con menos ceños veis las crespas frentes,
y el espejo inmortal de sus corrientes
soberbio rompe en vuestras plantas duras.

Si están a los asaltos tan seguras
de qué sirven sus pasos diligentes?
Ni llamar de los montes las crecientes,
partos de nubes pálidas, y oscuras?

Lo mismo digo, montes, al engaño
de nuestras confusiones, y porfías,
más ciegas a la injuria de su daño.

Romperse, y no pasar son valentías,
tener por ilusión el desengaño,
volver atrás, y mal lograr los días.

54

Sales dichosa luz de nueva Aurora,
del Gran Filipino en la mitad del día,
y en ti renace al mundo su alegría,
cuando el su imperio alumbra, ciñe, y dora.

Y a tu diestra enseñada a vencedora,
con tal acierto alienta la osadía,
que serán de tu inquieta gallardía
entonces triunfo, lo que ensayo ahora.

El rubio Belga y el adusto Moro
de tanto anuncio temen el misterio,
cumplido a largo tiempo en tu decoro.

Y para cierto honor del suelo Hesperio
hiciste ahora con matarle el toro,
que no se huya Europa de tu imperio.

55

Con tanta noche, en término tan breve
perdió su aliento aquella ilustre vida,
primero despojada, que florida,
pues antes que el candor vistió la nieve.

Tributa Carlos lo que al tiempo debe
en su estación más verde, y más lucida,
con tantas excepciones desmentida,
cuando ambiciosa a presumir se atreve.

¡O mármol! ¡O costoso desengaño!
¡O jornada infeliz! que comenzaba
en el común aplauso de su daño.

Que esta ilusión fantástica, que alaba
el bárbaro sentir de nuestro engaño,
en dicha empieza, y en dolor acaba.

56

Es piedad, es razón, es dicha, es hado,
esto que llama término la suerte?
La vida ofensa, la esperanza muerte,
de todos, siendo el último cuidado.

Es piedad; porque alivia al fatigado,
es razón; porque vence armada, y fuerte,
es dicha; que encamina a que se acierte,
es hado; ni vencido, ni obligado.

Si es tanto bien, no llore las ruinas,
más nobles, que el honor del edificio,
quien le vio más luciente, y más seguro.

Pues libre de las ondas peregrinas
es hoy a su quietud firme, y propicio,
lo que amenaza fue, piadoso muro.

57

¿Quién la corriente detendrá, Belisa,
de las debidas lágrimas, que viertes?
Pues miras el trastorno de las fuentes,
y en llanto vuelta su serena risa.

Perdiste (si se pierde) a quien avisa,
que una sola pasó de entrambas muertes,
y entre muros de luz claros, y fuertes,
lo más lucido de los Astros pisa.

No llores más a quien dichoso niega
la debida atención al triste llanto,
que el tierno pecho, y las mejillas riega.

Canta, y no llores, que si lloras tanto,
no se obliga con llanto a quien se ruega,
ni admite voces, quien pretende canto.

58

Salió una tarde enamorada, y triste
la madre universal de los amores,
y en sutiles volantes de colores,
aire tejido la componer, y viste.

Ni el hielo mismo su calor resiste,
los árboles ardieron, y las flores;
en el inculto monte los pastores
y en más incendio su beldad insiste.

Adonis solo, de su vista hermosa
vencido vencedor, de amores mata
a la tirana dulce de las vidas.

¡O justa ley del cielo tan piadosa!
Que si una sola de matarnos trata,
uno de todos vengue las heridas.

59

En el florido engaño de la vida,
en los primeros pasos de la suerte,
en la acechanza oculta de la muerte,
con tantos ejemplares prevenida.

Turbado el seso, la verdad perdida,
contra el remedio sólo osado, y fuerte,
cuando es ofensa la razón, que advierte,
que es sueño el bien, y cierta la caída:

Pasé burlando amor, y sus engaños,
cuando cantaba al son de la cadena,
perdidas horas, fugitivos años.

Sagrada libertad, dichosa pena,
que a precio de mis propios desengaños,
la misma tengo por desdicha ajena.

60

No yace muerto, no, descansa ahora,
esto, que fue sagrado de la vida;
que para más reposo prevenida,
durmiendo espera la segunda Aurora.

Quien vio la muerte altiva vencedora,
y dio funesto aplauso a la partida,
no tiene penetrada, ni advertida
esta piedad, que por castigo llora.

Favores son, los que consejos fueron,
España, que con ánimo devoto
a nuevos beneficios te apercibe.

Y si en mortal ocaso se pusieron
tan graves años, al amor, y al voto,
morir no puede, quien a tantos vive.

61

Surcó mi engaño de extranjeros mares
las aguas, los peñascos, las arenas;
lisonjas apacibles de Sirenas
burlaron breve tiempo mis pesares.

Salí de la prisión de sus cantares,
y en vez de dar al templo las cadenas,
compuse, lastimado de mis penas,
al dulce error sacrílegos altares.

Vine con más descanso entretenido,
por ocio negligente, o por costumbre,
con prendas del engaño en que vivía.

Mas ya las puertas abre mi sentido,
y no merece ver tu hermosa lumbre
el ciego triste, que aborrece el día.

62

Fabio, ni la codicia, ni la suerte
te pueden dar el público deseo,
ni el justo honor del más debido empleo,
cuando el poder en tu favor acierte.

Que puede la fortuna concederte,
que iguale a la virtud, y al gran trofeo
de haber compuesto el interior Proteo,
rebelde hasta en los brazos de la muerte.

Nace el favor de aprobación ajena,
expuesta a los peligros del engaño,
que erradas elecciones solicita.

Mas la quietud, que el ánimo serena,
con un divino, y fuerte desengaño,
sin ajenos favores se acredita.

63

Desiertos campos, árboles sombríos,
medroso valle, lóbrego, y cerrado,
al miedo tristemente coronado
de oscuras sombras, y peñascos fríos.

Riberas sordas, despeñados ríos,
inculto monte, estéril, erizado.
Eco que de mis quejas animado,
formaste de ellas naturales bríos.

Que os espantáis si alguna vez, acaso,
mi osada lengua la ocasión infama,
que entre vosotros sin piedad me deja?

Si ofendo el dulce fuego en que me abraso,
soy como leña verde, que en la llama
a un mismo tiempo se consume, y queja.

64

Deshechos muros, animadas piedras,
que así callando, amenazáis a Roma,
y vuestra injuria coronada asoma,
con verdes lazos de ambiciosas yedras.

¡O sacro honor! que en la fatiga medras,
venciendo al oro, y al precioso aroma,
que el justo aprecio en el incendio toma,
y tú en el ocio en crédito desmedras.

Admire tu piedad al caminante,
tus prendas guarde el Africano suelo,
Cartago ilustre, ejemplo de mudanza.

Si fue vencer a Roma honor bastante;
porque subiste a penetrar el cielo,
y a dar a sus estrellas la venganza.

65

Yace helado cadáver insepulto,
aquella Reina, que entregó sus yerros

a la violenta furia de los perros,
que informe dejan el hermoso bulto.

Aquella de Israel tirano culto,
autora de sus robos, y destierros;
los más plebeyos fúnebres entierros
pudo envidiar su postrimero indulto.

¿Esta es aquella Jezabel hermosa?
La admiración del pueblo repetía,
mirando la cabeza, pies, y manos.

Esta es aquella fiera poderosa,
responde el cielo; que llegó su día,
como llega, aunque tarda, a los tiranos.

66

Mario, después que el límite Africano
pisó, desobligado a la fortuna,
y en parte a sus tristezas oportuna
miró a Cartago en el destierro llano.

Ruinas dejó, ejemplos de la mano
del tiempo, que hasta el cerco de la Luna
no consintió jamás firmeza alguna,
a que el poder caduco aspira en vano.

Aliento sois a la desdicha mía,
que siempre halaga la enemiga suerte,
tener en sus afrentas compañía.

Mas no igualdad, porque en rigor tan fuerte,
si el más soberbio mal, en su porfía
le cura el tiempo, a mi dolor la muerte.

67

Al golpe invicto de tu brazo fuerte,
emulación del rayo de la esfera,
rindió su aliento la intratable fiera,
perdió la vida, ennobleció la muerte.

No estrecha tanto el límite la suerte;
pues lo que honor en un contrario fuera,

es dicha en quien ingrata no venera
aquel favor, que entre la sangre vierte.

O fue temor, o natural respeto,
sujetarle primero, que atrevida,
la bárbara fiereza se lo estorbe.

Amor te dio el aplauso del efeto,
que no es admiración rendir la vida,
a quien sujeta la cerviz al orbe.

68

Quien de disimular ignora el arte,
ni amar pretenda, ni reinar espere;
pues más trofeos desarmado adquiere
con maña el tiempo, que con fuerzas Marte.

Y el cielo atento con la industria parte,
el bien, que ciega la violencia quiere;
y cuanto más en le furor creciere,
la busca más en escondida parte.

Quien calla, encubre su animoso intento,
sin armas mata, y del mayor despojo
la suerte aguarda, que a gozar convenga.

Ni estima la ambición del vencimiento,
porque es en quien venció su propio enojo,
menor victoria, que a los otros venga.

69

Las velas prendo, de oponer cansado
mi rota nave al ímpetu del viento;
y aunque perder mis esperanzas siento,
también con ellas pierdo mi cuidado.

Ni quiero ya del norte deseado
medir el no entendido movimiento;
pues cuanto más seguro el mar frecuento,
enciendo menos su furor airado.

Fatigue la ambición de los mortales

el acho reino, procurando el oro,
fiada de un atabla en la defensa.

Que yo pasando voluntarios males,
no le codicio al rico su tesoro,
por no pensar, lo que teniendo piensa.

70

Soberbio mar, si tu erizada frente
levantas, asaltando las estrellas,
y no midiendo tu quietud por ellas,
a su región te atreves indolente.

Las naves traga, que en el mar de Oriente
la envidia cargan de sus luces bellas;
o las que envuelto en míseras querellas,
el fruto logran de la zona ardiente.

Perdone tu furor una barquilla,
en quien del cielo la piedad invoco,
buscado a remo y vela su descanso.

Mas no le alcanza, quien a ti te humilla;
que estás al débil leño, atento, y loco,
y a fuertes naves temeroso, y manso.

71

Por mar dudoso, con peligro cierto,
y en parte a siglos tantos fabulosa,
triunfar Colón de las espumas osa,
entonces sólo en atreverte experto.

Del sepulcro del Sol le ofrece el puerto,
en orbe nuevo la región pradosa,
y en ella apenas su ambición reposa,
burlado el mar de tan glorioso acierto.

A más temida empresa conducido
vuestro gallardo ingenio, descubriste
mayores mundos en distancia breve.

Honrado está Colón, pero vencido,
que más entre las glorias que le diste

a vuestro honor, que a sus fatigas debe.

72

El bárbaro cultor los campos ara,
que ausente llora el desterrado dueño.
Prueba del mar en el robado leño
el fiero Scitha la fortuna avara.

La blanca Luna con alegre cara
viste de ajena luz el mudo sueño,
y el cazador, del pájaro pequeño,
el nido roba, y el dolor prepara.

Logra con secas mieses el estío,
lo que sembró el invierno perezoso;
y el libre, la desdicha del culpado.

Así del mundo pasa el desvarío,
porque, hay acaso, y siempre algún dichoso
con los bienes, que pierde un desdichado.

73

O tú, que siempre mides peregrino
de tu jornada eterna los linderos;
y con iguales pasos, y ligeros,
ni acortas, ni dilatas el camino.

Por ti el gobierno del errante pino
doma indolentes mares extranjeros,
y usando el hombre los comunes fueros,
en él imitas el pode divino.

Jamás la tierra, que tu luz rodea,
con piadosos objetos la retira,
ni altera la igualdad de tu corriente.

Así a la hermosa altiva Galatea
ni el mal que siento, ni el dolor que mira,
turbar pudieron la enemiga frente.

74

De un monte baja un río despeñado,
al son de lisonjeros rui señores,
y en blando lecho de pintadas flores
recibe el huésped fugitivo el prado.

Corriendo llega al valle coronado
de ramas, y guirnalda de colores,
y en él sus aguas sin crecer mayores,
le dejan en el Tajo sepultado.

Si el claro río su caudal entrega
el agua, que nació de un monte verde,
dichoso mira el fin de la jornada.

No así mi vida, que a tu engaño llega,
ingrata Filis, y su nombre pierde,
a sólo destruirse encaminada.

75

Aquí la juventud gallarda, y fuerte
reposa humilde en brazos de la tierra;
y entre estos blancos mármoles encierra,
su ser la vida, y su poder la muerte.

Aquí el amor, porque el dolor acierte,
le presta el arco, y con errada guerra
del triste día, en que el placer destierra,
con piedra negra se notó la suerte.

Apenas los umbrales de la vida
pasó la edad con presuroso vuelo,
y del común aplauso la esperanza.

Cuando cruel estrella inadvertida
robó su gloria a la fatal mudanza,
y al grave sentimiento su consuelo.

76

O Mayoral del gran Pastor Romano,
que por la dulce paz de sus ovejas
de aquellos montes célebres te alejas,
expuesto a las injurias del verano!

Tú, que con seso en las virtudes cano,

la ardiente edad acreditada dejas,
y ejemplo a los ejemplos aparejas,
con noble asombro a la piedad de Urbano.

Defienda ahora del León sangriento
la Iglesia, armado tu invencible río
de fe, no de paveses, y alabardas,

que si al ganado velas siempre atento,
hará el cielo a tus años grato, y pío,
que muchos rijas, lo que en pocos guardas.

77

Amé una peña; en una helada sierra
puso el amor mi pensamiento loco;
hielo y rigor es cuanto miro y toco,
perpetua confusión, celosa guerra.

Decir no puedo que engañado yerra
quien ama mucho, quien espera poco;
pues yo, forzado de mi amor, provoco
al mismo engaño que mi pecho encierra.

Llorando vivo los cansados días,
del breve sueño las prolijas horas,
de un loco amor los peligrosos años.

No da remedio el tiempo a mis porfías,
que viven de mi seso vencedoras,
llorando enojos y pidiendo engaños.

78

Ardiendo el oro entre la llama roja,
con tanto lustre suyo se fatiga;
que alegre, y blando la violencia amiga
de sus imperfecciones le despoja.

Y en otro fuego, con mayor congoja,
la eterna Providencia al justo obliga,
que el modo exceda, aunque el ejemplo siga,
cuando la culpa en el incendio arroja.

¡O dulce padecer tormentos tales!

¡O pureza de yerros separada,
que sólo Dios alcanza a conocerla!

Por más que gloria os tengo, alegres males,
pues la corona al cielo reservada,
es más que conseguirla, merecerla.

79

Afirman que es el ocio peligroso,
y que del tiempo el orden desbarata,
y el cuerdo ocioso, que de serlo tarta,
le faltan horas, para estar ocioso.

Ni es mengua, que en silencio perezoso,
la dulce vida sin honor dilata,
pues ella alegre en su quietud, retrata
la simple paz, y el natural reposo.

El cuerpo, y los sentidos descansados,
como otras cosas materiales duran,
que el uso las desprecia, o las reserva.

Y estando de su olvido acompañados,
si no pretenden, ruegan, y aventuran,
su misma negligencia los conserva.

80

Alegre campo, que en tu seno verde,
entre las nieves del invierno frío,
agradecido vuelves al estío,
colmado el grano, que el Otoño pierde.

Antes que el Alba hermosa al Sol recuerde
al blando son de su apacible río,
escucha mi amoroso desvarío:
será posible, que con él concuerde.

Si aguardas de las aves lisonjeras
las dulces quejas, que agradece el día
despierto entre celajes de colores.

Será la misma música, que esperas,
pues yo me quejo, y vive el alma mía,

llorando celos, y cantando amores.

61

Gracias al cielo venerable Tajo,
que beso las arenas de tu orilla,
pisando ya los campos de Castilla
con más sosiego, y con menor trabajo.

Sin ver, que bese el intratable bajo
del corvo pino la ofendida quilla
y que con indolente maravilla
se arroje el Ebro de la esfera abajo.

Entre estos, otro tiempo, verdes sotos,
y ahora estéril selva fatigada,
del cano peso de la escarcha, y nieve.

Ni envuelto miro el mar con leños rotos,
ni por ver la tormenta sosegada,
pagar el miedo lo que el seso debe.

82

Vivos al tiempo, que acabó su mano,
desechas torres, y asolados muros;
de nueva injuria vivirán seguros
los cielos, y el poder del Africano.

Tu nombre (o gran Sagunto) en este llano
conserva la piedad, no en bronce duros,
sino en ruinas, y en ejemplos puros
del honor propio, y del amor Romano.

Firmeza, y cuerpo ofrezco a tu memoria,
si la igualdad honrosa de fortuna
de tenerme a su lado no se afrenta.

Y si pretende lágrimas tu gloria,
tanto lastima, quien su agravio cuenta,
como teatros, arcos, y columnas.

83

Camina nuestro engaño a su castigo,
al paso que la edad corre a la muerte;
igual en todos se ordenó la suerte,
mas no el suceso a la virtud amigo.

Pasan los años, sin poder conmigo,
que el término común medroso acierte,
y opuesto a la razón, sin armas fuerte,
de ajenos desengaños soy testigo.

¡O larga vida! ¡O larga servidumbre!
a quien el alma vive agradecida,
las horas siendo a su tormento iguales.

Y con alegre, y cierta pesadumbre,
el bien, que alcanza una prolija vida,
es medio para ver mayores males.

84

Perdió el acero su invencible dueño,
y ve perder su Capitán España.
Hoy vio la muerte su postrera hazaña,
y ve la vida desmentir su empeño.

Hoy el valor en la región del sueño
dejó sin miedo la marcial campaña;
y sus ruinas nobles acompaña,
por largos siglos un piadoso leño.

El sólo a su piedad justo reposo
en la común tristeza le concede
el cielo, a nuestras lágrimas airado.

Y como tanto huésped tan glorioso
igual sepulcro venerar no puede,
quedó en su mismo triunfo sepultado.

85

Quien paga a su tributo por cuidado
amargo fruto en lágrimas cansadas.
Quien vive con memorias engañadas,
y con ajenas dichas desdichado.

Quien siente de su engaño desterrado,
y cuenta amargas horas mal logradas.
Quien llora breves glorias acabadas,
y muere de sus bienes olvidado.

Quien paga, vive, llora, espera, siente,
sus esperanzas juzgue por los daños,
si entre ellos se atreviese a conocellas.

No tema, y desespere osadamente.
Verá como le sobran desengaños,
para desesperar de todas ellas.

86

Deja los montes, Eco lastimada,
no gima tu dolor en sus cavernas;
siente en mi pecho tus querellas tiernas,
y vive más funesta, y más guardada.

Mas si de piedra vuelves animada,
la rústica inclemencia, que gobiernas,
llora tus penas, en Belisa eternas,
más que los montes, áspera, y helada.

Ejemplos muestra a su engañado pecho,
y a su beldad. las lágrimas de un árbol,
y el curso irrevocable de los ríos.

Y viendo en otros daños su provecho,
podrás, trocando un corazón de mármol,
sentir tu mal, y repetir los míos.

87

Perdiste, o Clori, la mayor riqueza,
que el cuerpo tiene, y la mejor del alma,
igual en todo a la divina palma
corona de tu Angélica belleza.

Y un solo honor, que a nuestra vil flaqueza,
concede el cielo, que piadoso acalma
el mar común, que no consiente calma
sino le enfrena celestial pureza.

Corrida estás, pues yo afrentado quedo
de ver en mano súplica oprimida
la hermosa flor, admiración del prado.

Cobre el error en tus desdichas miedo;
que a veces nace del temor la vida,
y aciertos nobles del amor errado.

88

La envidia de una Reina despreciada,
la soberbia de Amán fiero enemigo;
a un Rey, que entre su enojo, y su castigo
sólo interpone la sangrienta espada.

De Dios Ester, y de virtud armada
resistes, siendo Asuero fiel testigo,
del afrentoso ruego del amigo,
sediento de la sangre amenazada.

Si del pueblo Gentil viva figura
tu suerte fue, si del confuso Hebreo,
basta engañada entre sus ritos vanos.

Venció debidamente tu hermosura,
que el cielo ha consagrado a su trofeo
calumnias y rigores de tiranos.

89

Príncipe de las Musas, si de alguna
ardiendo tanto Sol tenéis cuidado;
pues nunca el perro, de la Aurora amado
ladró al León con voz tan importuna.

Si está temiendo el que pisó la Luna,
fácil declinación de un alto estado;
y le parece a un hombre desdichado,
que es fuerza que se mude su fortuna.

Si el que goza del bien su nombre altera,
si la mudanza de su mal previene,
quien siendo desdichado persevera.

Cuál de los dos a más cuidados viene,
el que faltó del bien, tenerle espera,
o el que teme perder el bien que tiene?

90

Honor de vuestra patria, si el estado,
que menos agradece la fortuna,
espera, no mostrándose importuna,
algún piadoso alivio a su cuidado.

Si el que soberbio mira levantado
su asiento es el distrito de la Luna,
y alegre abraza sin mudanza alguna
un bien de tantos males envidiado.

Con más recelos el dolor previene
quien goza de su dicha la presencia,
que el que perdió los bienes, que no alcanza.

Si el uno espera, lo que el otro tiene,
de entrambos viene a ser la diferencia,
perder la posesión, o la esperanza.

91

Si a Filis, por qué llora le pregunto;
que no es del alma su tristeza jura.
Mas yo por la inquietud de su hermosura
que son de amor las lágrimas barrunto.

Llorando niega, y a su penas junto
lo que ella siempre desmentir procura;
sin ver que encubre su infeliz cordura
en cuerpo alegre, corazón difunto.

¡Qué pasos da su engaño tan perdidos!
Qué mal se tuerce una costumbre larga;
pues no la vencen máquinas, ni ruegos.

Que poco debe amor a los sentidos,
si al tiempo que el secreto les encarga,
juran los ojos contra el alma ciegos.

92

Si lloró Fili, o si juró, pregunto.
¿Qué te mueve a inquirir si verdad jura?
Que yo en ti, pues contemplas su hermosura,
más que interior, curiosidad barrunto.

Silvio, el más cuerdo, que llegó tan junto
al daño, si cuidarle no procura
huyendo, cuando apela a su cordura,
suele quedar en la ocasión difunto.

Y así pues ves, que sigue los perdidos.
el que a su afecto la licencia alarga,
admite los ejemplos, y los ruegos.

Huye de lo que aprecian los sentidos;
que aunque el entendimiento amor lo encarga,
él, apremiado gime, y ellos ciegos.

93

Si a mi pasado engaño le pregunto,
si amar es bien: que es un infierno jura,
ingrato amor, tirana la hermosura,
y que anda contra su verdad barrunto.

Si a breves glorias, y pesares junto,
que el miedo ahora eternizar procura
amando, desmintiera mi cordura,
o ya tuviera el corazón difunto.

Los años bastan, sin razón perdidos,
sino es que sobra una prisión tan larga,
que ya rompí con lágrimas y ruegos.

Que poco estimas, Fabio, mis sentidos,
si cuando amor mi vida les encarga,
que estamos, piensas, sin discurso ciegos.

94

Lice, tus años son tus enemigos,
que no soy yo quien tu mentira ofende;

porque a mi dicho tu rigor atiende,
si pasan de cincuenta los testigos.

Dirás, que te veneran tus amigos,
que nadie tus excesos reprehende,
que el vino en más edad, mejor se vende,
y están en su razón canos los trigos.

Si esto es así, quien puede aconsejarte,
si en tanta libertad soberbia, tienes
tu engaño, y tu lisonja de tu parte.

Mas no por esto el ímpetu detienes
del breve tiempo, que vendrá a dejarte,
llenas de nieve, y por cerrar, la sienes.

95

Ninfas del Tajo, que en quietud serena,
y en techos de cristal vivís ociosas,
ciñendo las madejas de oro hermosas
del oro mismo, que engendró su arena.

Así de Cuenca en agradable vena,
la sierra por sus márgenes frondosas,
os deje siempre habitación de rosas,
y rompa de los hielos la cadena.

Que acompañéis los fúnebres altares
del Apolo Español, que venerado
será del justo honor que os provocó.

No remitáis el llanto a Manzanares;
porque el común dolor tendrá burlado
de poco río, sentimiento poco.

96

¿Por qué suspiras, tortolilla viuda?
Si es justo llanto del perdido esposo,
no llores más, y busca tu reposo,
y amores nuevos en la selva muda.

Dirás, que no lo emprendes, con la duda,
que pueda haber amante tan dichoso,

mas siendo tu elección su bien forzoso,
la planta viste, aunque la ves desnuda.

Todo el tiempo, que pierdes en la selva;
y en sus exequias tristes lamentando,
que no es posible, que a sus ramas vuelva.

En las calientes plumas arrullando,
nuevo galán tus lágrimas resuelva,
y alegre escuche, lo que oyó llorando.

97

En silencio, en horror, en urna breve
descansa Montalbán, vivo reposa
en patria más segura, y más dichosa,
la tierra sea a su memoria leve.

Secó su lauro anticipada nieve,
con la mano del tiempo licenciosa,
que de su ingenio en la estación hermosa,
la flor, y el fruto a destruir se atreve.

Ninfas de Manzanares, que en su arena,
y en públicos teatros le escuchaste,
de ellos Menandro, y del cristal Sirena,

volved a repetir los que lloraste,
pues le debéis más lágrimas, y pena,
si las que mereció no le pagaste.

98

Hermosos campos, que esta fuente baña,
y donde tantas veces mi ganado,
dejando el monte, coronaba el prado,
que siempre mis memorias acompaña.

¿Quién verdes campos mi quietud engaña?
¿Quién viste de esperanza mi cuidado?
¿Quién me lleva a las penas engañado,
porque agradezca un mal, que bien me daña?

Alegres campos, a buscaros vuelvo,
no más error de los engaños míos;

que a morir en vosotros me resuelvo.

Por llanos os procuro, y por sombríos
ni quiero más entre el dolor que envuelvo
pisar los montes, y seguir los ríos.

99

Fuerza de amor ha puesto injustamente
en duro estrecho mi cansada vida.
Pero la volunta ciega, y rendida,
ni escucha el mal, ni la desdicha siente.

Da voces la razón, y ciegamente
la mano adora, que le da la herida;
y a veces castigada, y ofendida,
la pena llora, y el rigor consiente.

Libre vivía, y muero entre cadenas;
no sé quien me venció, sé que estoy preso;
un tiempo viví cuerdo, ahora loco.

Aun no entiendo la causa de mis penas,
pero por ella sin mi antiguo seso,
cuanto he perdido me parece poco.

100

Despide el monte la dorada selva;
honor ilustre de tu hermosa frente,
y al parto de sus ramas insolente
en fuego pide, que los campos vuelva.

mandó al furor, que sin piedad envuelva
al verde huésped en ceniza ardiente:
y al paso del incendio diligente,
en sombra el noble ornato se resuelva.

Ya por los aires, que ofendió al Vesubio,
la fatiga común, que desperdicia,
desmiente el resplandor el Horizonte.

Mas no es culpable el trágico diluvio,
pues sufre de los hombres la codicia,
tercero engaño a la verdad de un monte.

101

Cansadas horas de mis tristes días,
que no tenéis más bien que ser pasadas;
piedad inútil sois, si lastimadas
seguís sus fugitivas alegrías.

Dad campo de batalla mis porfías
contra mis cortas dichas malogradas,
que fueron como muchas, desdichadas,
y como pocas, más pues fueron mías.

A mi escarmiento se rindió mi engaño;
no más seguridad, si humilde quedo,
sordo el temor, y sin poder quejarme.

Y aun no vivo contento de mi daño,
pues me ha faltado para el propio miedo
conocer que lo estaba, y no enmendarme.

102

Mostró el rigor del cristalino hielo
el oprimido Tajo, que solía
ver contra sí la sepultura fría
del hijo osado del Señor de Delo.

Cansado de alumbrar el ancho suelo,
llamó a la noche el importuno día,
y obedeciendo en todo a su porfía,
de pardo en negro convirtió su velo.

Ya del mar los vecinos por su arena
confusos buscan con turbado modo,
seguro albergue en la morada oscura.

Y cuando el viento más los desordena,
llegó Amarilis, y ablandóse todo,
sola su condición quedó más dura.

103

Esta es el agua cristalina helada,

que la sierra de Cuenca al mar envía;
esta la orilla verde, que a porfía
con sombras acompaña su jornada.

Esa la dulce soledad amada,
que apenas vio la claridad del día;
esta la arena, a quien la pena mía
con lágrimas de amor deja bañada.

Esta es al fin aquella triste parte,
que pudo dar principio a tantos males;
al tiempo miedo, y al amor tristeza.

Su furia siento, y temo que reparte
a Filis el huir de sus cristales,
y a mí de arena, y trocos la firmeza.

104

No quiero ya tomarme cuenta estrecha,
ni ver si de este mal la causa he sido;
pues ya en mis desventuras han salido
cierta la pena, y falsa la sospecha.

Mas no queda la causa satisfecha,
aunque me ve inocente, y ofendido,
pues cuando entre esperanzas nace olvido,
de sus forzosas armas se aprovecha.

Mas el que consintió tan gran locura,
sin querer atajar mi muerte, y luto,
fiando su remedio a la mudanza.

Bien es, que a la razón poco segura,
en la tormenta nieguen el tributo
los que ella gobernaba en la bonanza.

105

¿Faltóme acaso alguna desventura,
que no probase en mí su filo agudo?
Hiriendo siempre un pecho tan desnudo;
que su mayor defensa es mi locura.

Ella sólo de muerte me asegura

claro se ve, si ha sido firme escudo;
pues ni aun hacer, en desconciertos pudo,
que tuviese mi mal suerte segura.

Hacerme el mayor daño pudo, y quiso;
pues por tener en poco el mal presente,
la más buscó para atajarle medio.

Cerró los ojos al común aviso,
y al ofensa del tiempo, fieramente
hirió, como no vista sin remedio.

106

¿Tengamos paz, prolijo pensamiento,
no bastaba que amor, fortuna, y muerte,
armando cada cual el brazo fuerte,
den larga, y dura guerra al sufrimiento?

Sino piensas mudar tu loco intento,
a tiempo llegará mi triste suerte,
que aunque después procure socorrerte,
serán torres fundadas en el viento.

Mas como me persiguen tres contrarios,
cada cual procurando apoderarse
de mí, para ser sólo mi homicida,

Son sus efectos flacos, y tan varios,
que no pudiendo en nada conformarse,
halló libre en tres muertes una vida.

107

Tantas veces se burla de mi pena
la hermosa Filis por mayor tormento,
que no puede rendido el sufrimiento,
arrastrar de mis hierros la cadena.

Nueva desdicha por su mal ordena,
falta al vivir su antiguo fundamento,
y es su defensa sólo el pensamiento;
que aun en esto la trata como ajena.

Mirad bien la desdicha de mi suerte;
pues sólo un mal la tiene defendida,
cuando del bien ningún remedio aguarda.

Imposible es librarme de la muerte,
pues cuando un fuego defendió la vida,
es porque quiere, que entre muchos arda.

108

Ahora es el tiempo cristalino Tormes,
que suenen tus acentos en tus cañas,
y adornada la frente de espadañas,
de Ninfas coros, agradables formes.

Herido de sus pasos desconformes
el fértil suelo, que atrevido bañas,
respondan a sus ecos las montañas
con dulces voces, a tu amor conformes.

Enfrena de tu curso diligente
las presurosas aguas lisonjeras,
que pasan de este sitio a su despecho.

Niega el tributo al mar osadamente,
que si Filipo ilustra tus riberas,
libre te deja de tu antiguo pecho.

109

La Reina fundadora de Cartago,
recibe al fugitivo inadvertida,
que puede ser cuchillo de su vida,
y de su gran ciudad fatal estrago.

Su amor le entrega, y con injusto pago
rompe la fe, y palabra prometida,
acelerando la secreta huida,
por el incierto, y mal seguro lago.

Y viendo que al Troyano fementido,
a sus voces el mar no restituye,
mayor violencia con la injuria adquiere.

Jamás tuvo seguro a su marido.
Muriendo el uno, de su hermano huye,
y huyendo el otro, con su espada muere.

110

No del opuesto campo las banderas
temo, ni los soberbios escuadrones,
ni menos fiero Roma tus Legiones;
aunque hasta aquí tu imperio entretuvieras.

Ni verme a las naciones extranjeras
servir de triunfo en míseras prisiones,
y de Caribe fiero en las regiones
verme sujeto a las gargantas fieras.

Desdicha son, que el tiempo las engaña,
con el incierto bien, que les ofrece,
en que el alivio de su mal consiste.

Al fin está presente quien me daña;
desdichado el ausente, que padece,
sin ver la causa de su muerte triste.

111

Hermosa Galatea, quien creyera,
que en tu pecho pudiera haber mudanza,
y que cortando el hilo a mi esperanza
de tu fe la firmeza se rindiera.

Mejor a mi desdicha la estuviera,
que en el primer principio de bonanza,
la navecilla de mi confianza,
se la tragara la tormenta fiera.

Menguarás mis deseos en un punto,
el viento de favores acalmaras,
no me alumbrara tu luciente aurora.

Cuanto me diste me lo quitas junto,
si el desengaño sólo me dejaras,
el como tabla me escapara ahora.

112

Lauso no con estoica fantasía,
el frágil hipo popular desdeño;
ni a la humana ambición miró con ceño
falso con la común hipocresía.

Que a sí naturaleza sabia, cría
nutre, y prosigue su mortal empeño;
conozco bien, que esta vigilia es sueño,
y el amor de Raquel, se cobra en Lía.

Por lo cual el vigor de los engaños,
con que alimentan otros sus intentos,
es luz que me descubre desengaños;

y aparta de los vanos pensamientos,
que compran con afanes de los años,
premios, que aun no los gozan los momentos.

113

Fabio, no es ambición, ni fantasía,
ni por injusto pretensor desdeño
a quien jamás mostró al aplauso ceño,
con propia sed, mas no de hidropesía.

Y el natural afecto, a veces cría
una oculta ambición con vano empeño;
y el dulce engaño al despertar del sueño,
promesas de Raquel, cumple con Lía.

Dichoso vos, si huyendo sus engaños,
reconocéis el fin de sus intentos,
y halláis los propios en ajenos daños.

Y veis poner sus locos pensamientos,
tan gran cuidado en conseguir por años,
lo que después se pierde por momentos.

114

La Luna roba la prestada lumbre,
con que el claro Planeta alumbra el suelo,

cayendo las estrellas desde el cielo,
y negras sombras desde el alta cumbre.

Mi loco sueño vuelve a su costumbre,
cubriendo el corazón con negro velo,
y yo triste durmiéndome desvelo,
forzado de mi grave pesadumbre.

Sube el vapor del pecho, que se abrasa,
revuelve de Proteo la memoria,
mostrando ahora el bien, ahora el daño.

Y en este error que soñoliento pasa,
temiendo el fingimiento de su gloria,
no gozó de los bienes del engaño.

115

Tu templo adornan con errado culto
idólatras (o Amor) del apetito,
atribuyendo a ti su infame rito,
ciegos de la ignorancia del insulto.

Pues tu precepto nunca estuvo oculto,
justo es también, que no lo esté el delito;
y por castigo justo, aunque exquisito
suspende ahora tu piadoso indulto.

Yo aquel (o Amor) que estuve un tiempo ufano
de no haber violado el sacro templo,
despojo humilde soy de los sentidos.

Su afrenta sirva de forzoso ejemplo,
si ya el verlos a enmienda reducidos,
no te deforma la violenta mano.

116

Amenazando a Roma el fin postrero
aquella ardiente, y espantosa boca,
que puso horror a la osadía loca
de la superstición del pueblo fiero.

Consultando el remedio del agüero,
la dudosa respuesta los provoca,
a duro acuerdo, cuyo efecto toca,

al fuerte Curcio, intérprete severo.

Arroja, o Roma, (dentro Apolo dice)
si el cetro quieres del imperio humano,
lo que hace eterna tu virtud, y fama.

Curcio lo entiende del valor Romano,
esta voz dice (o patria) a mí me llama,
con morir a tu imperio satisfice.

117

Levánteme la rueda de fortuna,
sin pasos, ni medida a la alta cumbre;
olvide un breve espacio su costumbre,
hasta subirme al cerco de la Luna.

Baje después sin límites la cuna
de mi primero daño, y servidumbre,
el bien presente mude en pesadumbre,
mostrándose en mis males importuna.

Efectos suyos son, que es inconstante,
mas si tu fe la mueve o la detiene;
¿qué disculpa darás de mi caída?

Mas no quiero pasar tan adelante;
que quien para la muerte se previene
con el temor, no goza de la vida.

118

Dichoso el que sus años ha pasado
en solitario campo en propia casa,
en quien del tiempo los agravios pasa,
de sus rústicos techos amparado.

No vive allí engañoso, ni engañado,
ni el justo fin de la razón traspasa,
ni por codicia mísera, y escasa,
probó la fe del loco mar airado.

Ve balar sus ovejas ciento a ciento,
su dicha no le aprieta, aunque fue corta,
y en más anchura vive que el palacio.

Los que seguís su vano movimiento,
más camino tenéis, pero que importa,
si vida sobra, al que vivió despacio.

119

Hermosa Filis, si el amor ordena,
que admita los favores por engaños,
y los hierros adore de mis daños,
de tantos arrastrando la cadena.

Si cuando lastimado de la pena,
prevengo en mi defensa desengaños,
la prisión agradable de mis años,
ni humilde calla, ni confusa suena.

¿De qué sirven enojos, y venganzas?
¿De qué forzara un alma que os adora,
que viva de su dueño fugitiva?

No se remedian celos con mudanzas,
pues hace el que mudándose empeora,
que en paz alegre su contrario viva.

120

Encubro el fuego que mi pecho enciende,
por más disimular su alegre efeto,
y aunque mi dulce pena está en secreto,
mi fe lo sabe, y su verdad la entiende.

Amor que sólo a descubrirse atiende,
mi pecho fuerza con terrible aprieto,
mas yo, según mis daños, interpreto,
que para más tormento lo pretende.

Yo triste, que en sus llamas me consumo,
¿cómo podré encubrir lo que me inflama,
ni resistir la fuerza de mis males?

Vendré a manifestarme como el humo,
que entonces muestra el daño de la llama,
cuando quedan apenas las señales.

121

¿Inadvertido humor, en qué pensabas,
pues los piadosos ojos ofendiste,
que a España velan, y cerrar quisiste
el paso a la piedad, que le negabas?

Quien pudiera jamás pensar, que errabas,
si ve de la cabeza que corriste,
de humor ere humor, pues no entendiste
la pena, o la desdicha que intentabas.

Ya muestras tu engañoso atrevimiento,
sin duda quieres parecer valido,
sin ver tu altura, y peligroso asiento.

Detente, que por vano, y presumido
pudieras merecer de corrimiento
el mismo ser, y nombre que has tenido.

122

Ilustre Duque, si posible fuese,
que a la forzosa fe, que el tiempo olvida,
por vos, sin mí, de amor favorecida,
hoy mi cobarde pluma se atreviese.

La vana antigüedad es bien que cese,
rindiendo a vos, y a mí la injusta vida,
o sino la victoria conocida
a mí por vos, y a vos por mí confiese.

Mas antes que sin límite se encienda
de Apolo, y Marte en los contrarios pechos
de nueva envidia emulación forzada.

Poned alegre fin a la contienda,
y dad, porque sosieguen satisfechos,
lira al amante, y al guerrero espada.

123

No alegra tanto ver la amada tierra
a la pequeña nave, combatida
del intratable mar, ni la salida

al navegante, que su tabla encierra.

No tan alegre el preso se destierra
de la dura cadena aborrecida,
como yo, por lograr en corta vida,
serena paz, tras tan pesada guerra.

Los que alabáis a amor favorecidos,
rendidme su alabanza, porque acierte
a descubrir del tiempo los secretos,

que a donde viven solos escogidos,
se estima un pecador, si se convierte,
más que noventa y nueve, aunque perfetos.

124

Con desiguales pasos me guiaba
mi loca confianza a su albedrío;
y el más errado, y áspero desvío,
como camino cierto me enseñaba.

Yo que del tiempo sólo me fiaba,
libre seguí su loco desvarío,
y cuanto del remedio desconfío,
tanto del ciego error me confiaba.

Seguí pisadas siempre del engaño;
cuanto intentaba me sirvió de afrenta,
viví con la razón libre, oprimida.

Y al fin cogí este fruto de mi daño;
que quien en propias causas escarmienta,
a costa del vivir, procura vida.

125

Desatan del Egipcio Ptolomeo
las dudas, y políticas cuestiones,
con libre unión, desnuda de opiniones,
de cada Tribu seis del pueblo Hebreo.

Y el de setenta y dos glorioso empleo,
para enseñanza, y luz de las naciones,

transfiere nuestros Numas, y Catones
trabajo igual a su mayor trofeo.

Al docto Careaga estima, y debe
tan grande aplicación tu Imperio Augusto,
siempre feliz en ti, Cuarto Felipe.

Si estudio tanto tu grandeza mueve,
será piedad en su gobierno justo,
que del quien le engrandece participe.

126

Si quieres que te diga, Fabio amigo,
en qué consiste el ser de Cortesano,
quien podrá definir nombre tan vano,
porque hoy no es más de lo que aquí te digo.

Es relator de lo que no es testigo,
es lego en el saber, y en nada llano,
un presumir, que amaneció temprano,
y tiene al mismo Sol por enemigo.

Hablar de todos mal, descontentarte
de todo lo que no es bachillería,
querer leer el que a leer comienza.

Entre vanos aplausos, graduarte;
y es ahora en Madrid cortesanía,
lo que en otras Provincias desvergüenza.

127

Cremes induce a Pánfilo, que vaya
a matar a Trasón: El se defiende,
con que le mate Dios a quien ofende,
que aun ajeno homicidio le desmaya.

Cremes repara, en que fiereza ensaya;
y siendo libre, por león se vende:
El le replica que vivir pretende,
y al hado no poner contra la raya.

Que tal engaño el artificio esconde,
(repite Cremes) y al valor iguale

inútil sombra que el aplauso anima.

Ríete de esto (Pánfilo responde)
que no es el ser lo que en el mundo vale,
pues sólo ahora el parecer se estima.

128

Mil veces pido a Clori, que me diga,
¿por qué aborrece tanto a Melibeo,
no siendo decididor, culto, ni feo,
ni a enojo tanto su fineza obliga?

En vano (me responde) se fatiga
su loco amor, su bárbaro deseo,
porque en él aborrezco lo que veo:
que soy de iluminados enemiga.

Que diga tal una mujer prudente,
que el caso sabe del gallardo Aquiles,
si sé (replica) y sé que fue valiente.

Mas unas amazonas varoniles
cansan al hombre cuerdo justamente,
y a la mujer los hombres femeniles.

129

No sé que diga, Lesbio, no te entiendo,
tú quieres ser por fuerza cortesano;
jurar a fe de caballero en vano,
y a veces, por la fe de este remiendo.

Y pues cansado de sufrirte emprendo
ser de tantas heridas cirujano,
toma una tema, y cárgale la mano,
y deja las demás, que reprehendo.

Dirás, que ti linaje desde Francia
pasó a Castilla con tu abuelo Eneas
habrá doscientos años de distancia.

¿Quieres ser caballero? que lo seas,
aunque para cumplir con la ignorancia,
mejor es parecer lo que deseas.

130

Sacó al teatro Menio una comedia
con gran soberbia, y con igual amparo;
y el Silvo popular sonoro, y claro,
ni con industria, y fuerza le remedia.

¿Quién creyó, que parar pudo en tragedia
un aplauso tan célebre, y tan raro,
sin dar las iras al furor reparo
del fiero vulgo, que escuchó la media?

Perdió la nueva Musa su decoro,
tu armada vecindad dime que aguardas,
si viste profanar sus cuerdas de oro.

Y antes que despidiese el Sol las guardas,
murió la gran comedia como el coro,
con silbos, alguaciles, y alabardas.

131

Flora del Betis renunció la orilla,
la dama de su célebre teatro;
y aunque no fue en Sevilla Veinticuatro,
lo fue de más de treinta de Sevilla.

Fue de Madrid costosa maravilla;
y en este novelero anfiteatro
vino a la tarde a preguntarse a cuatro
la que al Aurora despojó la villa.

En ti dirás, que escarmentarse puede,
y en tu fortuna fabulosa, y vana,
que tan breve trofeo te concede.

Lo mismo pasa, Flora, a la mañana,
lo mismo a las cerezas les sucede,
y no eres más sabrosa, ni más sana.

133

¿Tú sabes, Mopso, más que la Gramática?

¿Y algunas presunciones de Retórica?
Y has oído decir que la Teórica
es parienta remota de la práctica.

La locución veneras Asiática,
y del Libio la grave pluma histórica,
la secta de los Griegos Pitagórica,
y las hermanas Épica, y Dramática.

Todo es nada, pedante meritísimo,
aunque parezca del mayor Teólogo
tu venerable calva, y tu carátula.

Y para aquel Mecenas barbarísimo,
es tu invención mayor, que de un Astrólogo,
y tu ingenio más romo, que una espátula.

133

Aquí reposa un singular Poeta,
por la gracia de algunos solamente,
que hicieron más rumor entre la gente,
que Mahoma en Arabia con su seta.

Fue comenzando, despreciada geta,
que nace de un arroyo en la corriente;
después osada hiedra, que insolente
desprecia el olmo, que enlazado aprieta.

Mudo de oficio, y libros, y forzado
de lo poco que el nuevo le valía,
trocó por el de cómico su estado.

Ninguno el arte propio le admitía,
que como de verano fue nublado,
cada cual de su haza le desvía.

134

Déjame Lisis, o daré más voces,
que da un enfermo con dolor de ijada;
maldiga el cielo Musa tan cansada,
no me mates a versos, sino a coces.

Yo las quiero sufrir, pues más atroces
serán los golpes de una silva airada,
que la furia en tus corchos reiterada,
por mas que hieran sin piedad veloces.

¡Qué mal, o Lisis, de mi arbitrio sientes!
Como yo de tus versos ignorantes;
inicios son del mundo diferentes.

No mendigues más hoy entre pedantes;
y es justo, pues te dejan ya los dientes,
que te dejen cambiar los consonantes.

135

No me canses hoy más, doña Lucía,
hila, y no hables necio culterano,
ni asientes en el rostro más la mano
sirviéndote de tez toda Turquía.

¿Quien te mete en sí el Sol, padre del día,
es primo de la Luna o sí es hermano?
¿Y si es nieto el amor del Reino cano,
naciendo el fuego de región tan fría?

¿A qué Sibila antigua correspondes?
¿Creyendo que te influyen las deidades
aquestos disparates, qué respondes?

¿Quién te habló tan fieras necedades?
Que tú no las entiendes, aunque rondes
la noche de las cultas Soledades.

136

No hay arte como el mío en toda España,
ni lleva nadie, cuando a caza salgo
mejor rocín, ni más ligero galgo.
Ni tiene igual solar en la montaña.

Con nadie mi sombrero se acompaña,
por mas que medio caballero valgo;
como en mi casa singular hidalgo,
sin ser bufón, ni pescador de caña.

Sé mucho de linajes, y en el mío
soy por mis grandes partes el primero,
aunque en nobleza al tiempo desafió.

Subo al Retiro en coche por Enero,
y en el bajo también por Julio al río,
y sobre todo soy gran majadero.

137

Yace aquí un Andaluz, Poeta tosco,
tosco vuelvo a decir, que no Toscano;
que escribió más espeso en Castellano,
que fue en las barbas, sumiller del Bosco.

No digo, que aquí yace Amaro Losco,
de cuya pluma nadie salió sano;
porque este fue con más sangrienta mano,
cerril en prosa, y en los versos hosco.

En paz reposen sátiras, y prosa,
y con ellas su autor, que con su muerte
yo sé bien, que en Madrid en paz reposa.

Si aquí parases caminante, advierte,
que trata nuestra Corte fabulosa
a doctos, y a ignorantes de una suerte.

138

Detente caminante, si procuras
saber, que huesos yacen enterrados
debajo de esta piedra, que estimados
en vida fueron, para hacer rasuras.

Son los que ardiendo en vivas calenturas,
dieron, estando en vivo sepultados,
a más de cuatro miedos, y cuidados,
al pueblo risa, y a su amor locuras.

De Esquivias ya, ni San Martín destrozan
las célebres bodegas, y el secreto
que en ellas guarda su licor más fuerte.

Al fin la muerte le perdió el respeto,
reposa en paz, aunque mayor la gozan
su casa, y sus vecinos con su muerte.

139

Señor Marqués, si los bizcochos fueran
vecinos de Suez, o Alejandría,
a un día sucediéndole otro día,
tardaran en venir, pero vinieran.

Mas de Cuenca a Madrid, donde se esperan
calientes, venga una esperanza fría;
que la fábrica ahora empezaría
pasado un siglo, que venir pudieran.

No os faltan, venerable Mayordomo,
acémilas del Rey cada momento;
sino las hay, no falta un macho romo.

No dejéis mis deseos en el viento,
que yo, Marqués, de los de azúcar como,
y no bizcochos de promesa, y cuento.

140

La llave, señor Conde, restituyo,
con tierna soledad de mi Alcaldía;
aunque en Diciembre, y su estación sombría,
del seco prado, y sus jardines huyo.

Con frailes no porfío ya, ni arguyo,
sobre pedir boleta cada día,
juzgando en mi paciencia, y su porfía;
que es mío el prado, y que el jardín es suyo.

Y si por dicha, lo que Dios no quiera,
cuando el Sol por Abril corre su toro
volvéis de Cataluña a la frontera.
Volvedme a mi regencia, y mi decoro.

Y gozaré en la verde primavera
las dulces fresas, cuya ausencia lloro.

141

Virgen, del sol y de su luz vestida,
y de estrellas la frente coronada,
que para ser mi libertad colmada,
en Ti gloriosa se formó la Vida:

Si no estuvieras libre y prevenida,
fuera de Dios la humanidad sagrada
de más perfecta Madre originada,
si la hubiese sin culpa concebida.

Ni es bien, que sólo el privilegio cuadre
de dos Profetas a la gracia inmensa,
con que fuiste de Dios Esposa y madre:

Y siendo el mismo que en la ley dispensa,
quieren que junte la elección del Padre
a tanta dignidad su propia ofensa.

142

Al ponerle en la Cruz

Ya sacerdote y víctima preparas
con tierno amor, ofrenda y sacrificio,
dando a los hombres generoso indicio,
que es blando lecho, las sangrientas aras.

¿Cómo, Señor, venciendo no reparas
en dar tus sacros miembros tan propicio
al duro hierro y al cruento oficio,
sin que aún más tormentos que morir buscaras?

Y cuando fija en el madero tienes
la culpa de os bárbaros tiranos,
y dar al mundo libertad previenes;

quisieron, ciegos de temores vanos,
por afrentas sus pasos y tus bienes,
clavar los pies y atravesar las manos.

FIN DE LOS *SONETOS* DE FRANCISCO DE BORJA